

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

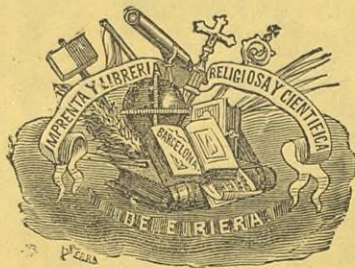
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, núm 24 y 26.
1876.

Cuaderno 20.

HISTORIA

DE LAS PERSERUCUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONTIENE UN EXAMEN DETALLADO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES PARTICULARES QUE
PRESENTAN DE LAS PERSECUCIONES ATRIBUIDAS QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN HECHO
Y HECHO; LA BIOGRAFIA DE LOS TIENOS Y PERSECUCIONES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSECUCIDOS Y MARTIRES,
CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LEGADOS EN QUE SE LLEVANON
LOS HECHOS CONSTATES DEL OCCIDENTO HASTA EL PRESENTE, CON LA AYUDA DIVINA, DESDE EL CALVARIO,
EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUINIENTOS,
EN EL SIGLO ACTUAL.

EN UNA ESCRITA POR

D. Eduardo Maria Villaverde y D. José Hilario Gato

Con licencia de la Junta de Censura de esta Corte
de Madrid (España).

Con licencia de la Junta de Censura de esta Corte
de Madrid (España).

ILUSTRADA

CON MAGNIFICAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

ENCICLOPEDIA GENERAL DE FRANCIA

TOMO PRIMERO



EL PERSECUCIONARIO

ENCICLOPEDIA GENERAL DE FRANCIA

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL HERBERO DE D. PABLO RIVERA,

Calle de Haro, núm. 31 y 33.

1878

ENCICLOPEDIA GENERAL DE FRANCIA

ENCICLOPEDIA GENERAL DE FRANCIA

Emperador habia arrebatado de sus brazos de esposo, muere, porque, resentido por aquel rapto, escribió algunas frases satíricas contra el raptor; Salvius Cocceianus muere por haber celebrado el aniversario de su tío el emperador Othon; Clemens Arretinus y Flavius Sabinus mueren porque son parientes de Domitiano; Salustius Lecullus muere porque tuvo la gloria de dar su nombre á un instrumento de labranza que inventó; Acilius Glabrio muere porque,



MARTIRIO DE SAN ANDRÉS.

vencedor de un leon, contra el que le mandó luchar Domiciano, dió pruebas de una fuerza hercúlea que le valió el aplauso del pueblo... No prosigamos el catálogo de las víctimas.

El procedimiento de Domiciano para con los designados al suplicio revela una crueldad escepcional. Domiciano se familiariza con sus condenados, les halaga, les confía íntimos secretos, mas en medio de la conversacion, á una señal convenida, el interlocutor del César es arrebatado por un soldado del pretorio y pasa del palacio al sepulcro (1). Junto al César están

(1) No hay sistema tan seguro de próxima condenacion, como la amabilidad del Príncipe, dice Suetonio.

Catulus Messalinus, miserable, vil, delator de oficio, manchado con todos los vicios imaginables, privado de la vista á causa de sus excesos, que, con el servilismo del mendigo y la impasibilidad del ciego, acusa á cuantos se le antoja acusar de los que visitan al soberano; y Metius Carus el procurador general del cuarto del Emperador y su cochero familiar.

Domiciano era aficionado á presenciar la muerte de sus víctimas; gozaba contemplando las contorsiones de los agonizantes, oyendo sus lamentos, sus gemidos, sus imprecaciones. Solaz siempre cruel, y en ocasiones impúdico, sensualista.

Los procesos eran secretos cuando existian; pues la regla general era sentenciar sin proceso. Suprimióse la publicidad de los juicios, inherente á las costumbres romanas.

Como en tiempo de Neron reinó en la ciudad universal desconfianza. Hasta en el Senado se hablaba poco. En el hogar doméstico la presencia de un esclavo infundia pavor.

Domiciano empezó el oficio de incautador en grande escala. Declara propiedad suya un terreno determinado, y luego se incauta del estanque limítrofe, y luego del bosque contiguo, y luego del monte, y luego toda la region le pertenece. Así la gran propiedad era absorbida rápidamente por el imperio, concentrándose en la mano del fisco toda la vida agrícola. Seguía el abandono de los campos, la incultura de la tierra, el empobrecimiento general, la despoblacion creciente. Plinio nos describe las moradas ricas de Roma desiertas, vacías á causa del temor, cuando no por la proscripción, silenciosas, sombrías, abandonadas, confiadas á la guarda de un solo esclavo. No se veía síntoma alguno de vida sino en el circo y en el teatro.

La injusticia de su gobierno engendraba el mas pavoroso remordimiento en su alma; donde quiera veía fantasmas de persecucion, terrores de conjuraciones; manos que blandian contra él armas vengadoras. ¿Cómo podia alcanzar paz quien habia quitado la paz al mundo?

Su alcázar mejor parece cementerio que palacio; los que se ven precisados á tratar con él, figúranse saludar á un verdugo, no festejar á un soberano. Su corte la componen Domitia degradada, pues Julia fue víctima de un aborto preparado y ordenado por él; algunas concubinas, algunos jóvenes licenciosos, instrumentos de sodomíticos placeres, algunos enanos diformes, algunos criminales elevados á la categoría de hombres de Estado. César, combatido por las acusaciones de su corazon corrompido, ofrecia un aspecto melancólico, concentrado, aversivo. Pálido, demacrado, semitísico, lívidos los labios, torba la mirada, surcada de arrugas la frente, floreadas las mejillas de impuros humores, presentaba en su innoble figura las señales de la precoz ancianidad, ¡certificado de una vida licenciosa que libra la naturaleza á los hombres incontinentes y se lo imprime en la frente como padron de ignominia, que solo extingue la podredumbre del sepulcro!

Tal era el *dios y señor* del pueblo romano; el príncipe de que Martial se atrevió á decir:

Sub qua libertas principe tanta fuit?

Contra semejante despotismo se formularon dos protestas, la de los filósofos y la de los cristianos.

La filosofía estóica no habia abandonado sus principios. Hermógenes de Tarsis escribió una historia de lo pasado con alusiones insinuantes sobre la situacion presente; el retórico Meternus publicó una declaracion valiente contra los tiranos; Junius Rusticus compuso una apología de Thraseas, que era mas propiamente un proceso contra Domiciano; Herenosius Senecion escribió el panegirico del primer Helvidius; el segundo Helvidius, desde su retraimiento componia interesantes tragedias en cuyos personajes Paris y Enone dejábanse traslucir el Príncipe y Domitia. Semejante oposicion irritó al déspota.

Maternus, Hermógenes, Rusticus, Senecion, fueron sentenciados á muerte; los otros, desterrados, y con ellos una multitud de discípulos de las escuelas filosóficas, que estaban reorganizadas; y tambien una pléyade de mujeres distinguidas, que creyeron deber intere-

sarse por la dignidad de la raza humana. Así Arria y Tania, Pomponia Gratilla y otras (1).

Al través de todos los peligros, no faltaron almas varoniles, que se atrevieron á llorar las desgracias y la persecucion de la filosofía; Plinio el jóven, á pesar de su posicion oficial, le dió público homenaje de veneracion, y la poética Sulpicia cantó en inspirados versos el duelo de los sábios desterrados.

Y digna era en verdad de admiracion aquella multitud de hombres observadores, que á pesar de las tinieblas inherentes al paganismo y del embrutecimiento hijo de las pasiones propias de su normalidad moral, tenian dignidad suficiente para arrostrar el enojo del omnipotente soberano. Cómo no admirar, por ejemplo, el valor de Epicteto, el mas célebre estóico, diciendo en alta voz: «Nosotros desdeñamos los palacios y las riquezas de los reyes;» y preguntando á César: «Dinos, ¿cómo quieres señorear nuestros pensamientos? ¡por el terror! dices; ¡ah! toma mi cuerpo y sujétale con tus tormentos; mi alma jamás será tuya. Si quieres que te obedezcamos mándanos las virtudes que es bueno sigamos é indícanos los vicios que debemos evitar; pero con decir: «haz esto ó te mato,» no se gobiernan las almas racionales y libres.»

En esta energía y sensatez de lenguaje traslucíase la influencia secreta pero efectiva del Evangelio. Este mismo era el acento de los confesores y mártires. Ochenta años trascurrieron desde que el mundo oía las máximas supremas de la moral cristiana, cuyas ideas infiltradas en la atmósfera eran respiradas insensiblemente é iban preparando la estupenda trasformacion de la opinion y de las costumbres públicas. La filosofía se iba acercando á la moral, la razon á la fe, la escuela á la Iglesia. Cristianos y filósofos estaban de acuerdo en la necesidad de un cambio radical en el modo de pensar y de ser sancionado por el criterio del estado corrompido.

Por esto la persecucion empezada por Domiciano contra la filosofía alcanzó pronto al Cristianismo.

XXXVIII.

Persecucion de Domiciano á la Iglesia.

La mas rigurosa crítica histórica conviene en el suceso de una persecucion sangrienta ejercida por Domiciano contra los cristianos. Se ha debatido la causa de la persecucion; se ha intentado demostrar que no era la fe, sino otros motivos, la razon que hizo descargar sobre los fieles discípulos de JESUCRISTO el peso de la crueldad imperial. Por especiosos que sean los argumentos de algunos filósofos de la historia, que optan por quitar á aquella seccion escogida de mártires la gloria de haberlo sido por la fe, parécenos que sobre toda explicacion domina el hecho de haber sido procesados como á cristianos, y como á tales perseguidos y martirizados.

Parece que Domiciano, no encontrando ya filósofos estóicos que perseguir, halló en sus constantes investigaciones un grupo numeroso de discípulos de una doctrina que ni era la pagana, ni la judáica. Los que se empeñan en sostener que el Emperador confundió á los cristianos con los judíos, no teniendo para nada en cuenta el cristianismo de los acusados, no observan que entre los confesores y mártires no se cataloga el nombre de ningun judío. Prueba que la cuestion era ajena al judaismo.

Habia pasado bastante tiempo desde la predicacion del Evangelio para que se hubiera pronunciado la demarcacion distinta de ambas religiones; el imperio romano, y personal-

(1) En el largo catálogo de los filósofos perseguidos figuran Dion Chrisostomo, Timocrato, Euphrates, Athenodoro, discípulos de Musonius; Agathobulo, maestro de Peregrinus; Diogenianus, autor de un libro contra los oráculos; Theon de Esmirna, neo-platónico; Ammonius, Cleombroto, Demetrius de Tarse, Didymo, los cuatro maestros ó amigos de Plutarco.

mente Domiciano, sabian que los cristianos retirados á Pella, cuando el sitio de Jerusalem, no tomaron partido á favor del judaismo. La iglesia de Pella no podia jamás ser confundida por los Flavios con ninguna sinagoga.

Si Domiciano impuso la contribucion por capitacion á los cristianos, para contribuir al culto de Júpiter, fue considerándoles súbditos de una religion diferente de la judía. Los cristianos creyeron, sin duda, que aquella contribucion era el reconocimiento religioso del Olimpo, y se resistian á satisfacerla por escrúpulo religioso. Por ahí empezó la persecucion, esto es, tomóse por pretexto esta negativa de los cristianos. Nótese que los judíos no tenian que oponerse á pagar á Domiciano lo que se avinieron á pagar á Vespasiano y á Tito.

El caso es, pues, nuevo, la causa nueva, el proceso nuevo.

Tratábase de una nueva colectividad, y esta colectividad era la cristiana.

Por testimonio del pagano Brutius sabemos que el número de los cristianos sacrificados en aquella persecucion fue considerable. Los monumentos póstumos atestiguan que Roma y el Asia Menor fueron los dos principales teatros donde tuvieron lugar las mas numerosas y distinguidas inmoluciones.

En Asia, Antipas, obispo de Pergamo, que retraia á la casi totalidad del pueblo de sacrificar á los ídolos, mereció los honores del martirio; Juan, en su Apocalipsis, le llama un «testimonio fiel.» Timoteo sufrió tambien en aquella persecucion: «Yo sé tus obras, tu trabajo y tu paciencia, le dice el mismo Evangelista... tú, has sufrido por mi nombre sin descorazonarte.» Aquellos trabajos terminaron con la lapidacion. En Sebaste de Phrigia, una jóven llamada Sebastiana confesó la fe con heroismo, y selló con su sangre virginal el símbolo de su fe. La poesía griega ha exornado con las inspiraciones del genio los episodios de su martirio, que describiríamos aquí si fuera este libro una leyenda, así como es rígida historia.

En Roma, Juan el evangelista, el apóstol sobreviviente á los demás Apóstoles, quizá llevado allí en alas de su celo para sostener el de sus discípulos en medio de las tentaciones de la tiranía, sufre victorioso el tormento de un baño de aceite hirviente, y da perpétua celebridad á la puerta Latina, en cuyas cercanías probó la divinidad de su mision.

En el Senado encuentra Domiciano á Acilius Glabrio, revestido de la dignidad consular, cuya fe cristiana equivale á un proceso de muerte.

Domiciano descubre en su misma casa adeptos de la nueva doctrina, y no los perdona. Los Flavios habian dado á la primitiva Iglesia miembros distinguidos, Flavia Plantilla conoció á Pablo, y le socorrió hasta en el dia de su martirio. Titus Flavius Clemens, hermano de Plantilla, era cristiano y fue cristiana su esposa llamada Flavia Domitilla. Otra Flavia Plantilla, hija de la primera, profesó el Cristianismo por la solicitud de Nereo y Aquilea. La casa Flavia contaba, pues, cuatro cristianos, Plantilla, madre, Plantilla hija; Clemens, tio, y Domitia, sobrina.

Probablemente Domiciano conoceria el cristianismo de sus familiares, que toleraria á causa de no haber fijado sus miradas desoladoras en la cuestion religiosa. Pero cuando la persecucion llevó su oleaje sobre la Iglesia de Dios, trató de purificar su casa. Flavius Clemens pasó del consulado al suplicio, á causa de la fe; su mujer fue relegada por la misma á la isla Pandataria; Flavia Domitilla, lo fue á la isla de Ponza, donde habitó en grutas ribereñas al mar, que tres siglos mas tarde saludó desde su aristocrática nave una hija ilustre de los Scipiones, al dirigirse á Jerusalem (1). Allí permaneció en toda paciencia hasta que la muerte coronó su martirio.

Como mártires de aquel reinado cuéntanse asimismo el papa san Anacleto; Hermógenes en Asia, y Arriano, obispo de Alejandria. La historia eclesiástica no posee datos bastante seguros para designar el nombre de muchos de los que perecieron. No se habian instituido aun, bien que no tardaron en instituirse, los *notarios* elegidos por los obispos para recoger y dar fe autorizada de los hechos de los mártires. Probablemente los acontecimientos del reino

(1) Santa Paula.

de Domiciano hicieron palpar la necesidad de esta institucion á la Iglesia, cuya riqueza moral y espiritual consistia en estos rasgos heróicos inspirados por la fe y la virtud de sus hijos.

La persecucion por Domiciano fue uno de los primitivos títulos de gloria de la naciente Iglesia. Tertuliano la compara á la de Neron, consignando á la memoria de ambas las preciosas líneas que van á leerse :

«Recorred vuestros anales, dice á los gentiles, y allí hallareis que fue Neron el primero que la cesárea espada manchó feroz en la sangre de la religion cristiana, cuando ella, especialmente en Roma, estaba en sus primeros albores. Pero aquella condenacion es nuestro crédito, pues fue Neron el autor de la pena. Honroso es el castigo que Neron inaugura. Mayor título de recomendacion no cabe á la religion cristiana que el haberla Neron perseguido; como quiera que quien á este conoce comprende que hombre tan malo no pudo perseguir sino una cosa por extremo buena. Otra persecucion comenzó Domiciano, participante de la fiereza de aquel; pero desistió con facilidad de lo comenzado restituyendo los que desterrara, que la crueldad no le sacó totalmente de quicios, quedóse hombre. Como estos han sido nuestros perseguidores injustos, impíos, torpes y tales, que vosotros mismos los condenásteis y absolvísteis como inocentes á los que ellos condenaron (1).»

La medida de las iniquidades del tirano rebosó pronto; la divina Providencia decretó sonara una nueva hora de libertad para su Iglesia. El mismo Domiciano, como hace notar el ilustre apologético de acuerdo con otros autores, espantado de su misma obra, retrocedió, ó á lo menos suspendió su delirante curso. Viendo la inutilidad de sus atropellos, quizá sorprendido por los contundentes razonamientos de sus perseguidos, faltóle coraje para proseguir su obra desoladora, y sin aliento para emprender el sendero de la reparacion, tampoco lo tuvo para completar su plan de exterminio. Así llegó parásito hasta para el mal al último dia de su desgraciada existencia.

XXXIX.

Fin de Domiciano.

Como en los últimos años del reinado de Neron, era general el deseo de la desaparicion del déspota. Plinio cuenta que visitó á un tal Cornelio, atormentado horriblemente por el mal de gota; al llêgar á su aposento, dice, «los esclavos todos se retiraron, conducta que observaban cada vez que le visitaba un amigo íntimo; hasta su esposa se retiró, aunque dotada de discrecion bastante para guardar cualquier secreto. El enfermo, despues de echar una mirada escudriñadora alrededor del aposento para asegurarse de nuestra soledad, me dijo: «¿Por qué piensas que yo soporto estos desesperantes dolores? ¡Ah! solo por la esperanza que tengo de «sobrevivir, aunque no sea sino un dia, á este bribon.» El bribon era Domiciano. El pensamiento, la esperanza del gotoso amigo de Plinio, eran los sentimientos de toda Roma y de todo el imperio.

Domiciano se hallaba asaltado de continuo por siniestros presentimientos. Chispas eléctricas caian con inusitada frecuencia sobre el Capitolio, templo de sus dioses, y sobre el palacio, su propio templo; un rayo pulverizó la inscripcion del pedestal de su propia estatua erigida en el Foro. Minerva, á quien apellidaba madre, se le apareció en sueños advirtiéndole que ya no le era posible protegerle mas contra los furios del iracundo Júpiter. Los astrólogos le anunciaban la aproximacion de grandes catástrofes. Todo se hallaba en las filas de la oposicion: el Senado, la familia, el pueblo; quedábale un círculo reducido de venales cortesanos, con el que, en fin, tambien se enemistó. Temiendo ser herido por la espalda hizo cubrir de espejos, esto es, de reverberantes piedras las paredes de su habitacion. Las piezas contiguas á su

(1) Tertuliano, *Apología contra los gentiles*.

cuarto morada, se hallaban ocupadas militarmente, como si se tratara de evadir los proyectos de un enemigo. Domiciano estaba en guerra con el género humano.

Un día uno de sus aduladores repugnantes y viles sorprendió, mientras el tirano dormía, la tablica encerada donde escribía los nombres de las próximas víctimas, y la presentó á la emperatriz. Domitia leyó con sorpresa su nombre allí, y junto al suyo los de Norbanus y Petronius Secundus, prefectos del Pretorio; de Entellus, archivero imperial; de Sigerius, su ayuda de cámara; Parthenius, su porta espada y otros. No fue menester mas impulso para determinar la conjuración de todos los palaciegos contra su juez.

La noche de aquella conspiración fue horrible para Domiciano. Una procesión de espectros, presidida por Junius Rusticus, espada en mano, apareciósele, circuyeron su lecho, pronunciando anatemas horripilantes, y amenazándole con aterradores gestos. No hubo ya esperanza en el fondo de su alma. Jamás hombre alguno ha tenido tanta seguridad de la proximidad de un fin desastroso como la que tenía aquel mónstruo al orientar el último día de su vida.

En fin, llegada la hora, en el momento en que Domiciano salía de su cuarto, Parthenius le detiene, con el pretexto de notificarle el descubrimiento de un complot y presentarle al denunciador. Stephanos se presenta entregándole una memoria, en la que se contenían los detalles de la conjuración. Al empezar su lectura Stephanos hiere gravemente á Domiciano, quien tiene fuerza bastante para arrojarle sobre el asesino y trabar con él lucha desesperada, cuyo desenlace fue la muerte de aquel cuya vida era pesadumbre insoportable á la sociedad.

La nueva de su muerte fue la señal del regocijo público. El Senado se reunió para condenar la memoria del difunto y entregar al ludibrio del pueblo los trofeos que servían para su glorificación mientras vivía. Borróse su nombre de las lápidas en que estaba escrito y hasta de las columnas de su propio templo; derribáronse los arcos de triunfo levantados para conmemorar ficticias victorias. Los ciudadanos se felicitaban mutuamente de poder obrar, hablar y respirar con libertad. Roma celebró un sacrificio solemne á los dioses por haber cesado el sacrilegio de la divinización del mas estúpido y criminal de los soberanos.

Domiciano concluyó como Neron. La Providencia marcaba el sepulcro de los perseguidores del Cristianismo con el sello de la mas espontánea impopularidad. Cuantos ejercieron la tiranía contra los adoradores de JESÚS, se hacían detestables hasta á los adoradores de los ídolos. Así la sociedad iba acostumbrándose á sentir que sus enemigos eran los enemigos de la Iglesia; la Iglesia y la sociedad se iban mancomunando bajo la comunidad de persecución.

XL.

Juan, historiador profético de las persecuciones de la Iglesia.

Los Apóstoles y discípulos primitivos de JESÚS habían pasado á recibir casi todos la corona de sus brillantes campañas por la verdad. Los contemporáneos del Redentor, que aun vivían agostados por los años y por las fatigas, eran inservibles para el ministerio activo de la palabra. Nueva era la generación que florecía, nuevos los hombres que, imbuidos en el plan evangélico, se hacían un deber sagrado llevarlo á cabo, á pesar de todos los obstáculos. Los nuevos cristianos en nada cedían á los primeros en celo, en arrojo, en decisión. La fe era la misma; pero la memoria de los mártires sacrificados, la elocuencia de los consejos recibidos de labios de los confesores sufriendo electrizaba los corazones agigantando el valor de los creyentes. El título de hijos, hermanos y discípulos de mártires era glorioso; vinculábase en ciertas familias como una parte integrante de herencia, como timbres nobiliarios á la faz de la sociedad cristiana. Entraba una santa emulación de virtudes entre diferentes iglesias.

El Cristianismo tenía ya dos épocas, la primitiva y la nueva. Pues bien; en la frontera de

ambas permanecía como un arco de union, como un testimonio vivo de lo que fue y un guia experto y autorizado de lo que habia de ser la grande figura de Juan, el apóstol y evangelista distinguido.

Es innegable que JESÚS dispensó á Juan pruebas de cariñosa predileccion. En todas las escenas típicas de la peregrinacion del Redentor se nota la presencia de Juan. Es el único que jamás estuvo ausente. En el Tabor es uno de los tres privilegiados para disfrutar la trasfiguracion; en el Cenáculo, es entre los doce el escogido para sentarse al lado del Redentor y apoyar su cabeza virginal en el sagrado pecho; en el Calvario, es el único que, desafiando todos los peligros de la fidelidad, permanece para recoger las últimas palabras del Maestro, y poder atestiguar, como habiéndolos visto, los sucesos finales de la pasion. Atraído allí para el cumplimiento de una mision trascendental, recibe por herencia el patronato de María y de la Iglesia, en aquella hora de defeccion universal. Juan fue el discípulo mas constante, el amigo mas tierno, el evangelista mas sublime, el confesor cuyo martirio fue mas prolongado.

Sobrevivió á todos sus colegas en el apostolado, porque despues de haber escrito los sucesos acontecidos habia de escribir los sucesos por acontecer. Quiso Dios que fuese el profeta del porvenir, y que despues de haber escrito el Evangelio escribiera el *Apocalipsis*.

Despues de la ascension de JESÚS á los cielos, Juan se presentó siempre como el aliado especial, el amigo íntimo de Pedro. Ambos obraron la curacion milagrosa en las puertas del templo jerosolimitano, que emocionó profundamente á la Sinagoga y que escitó una furiosa persecucion contra los admiradores de CRISTO. Pablo le designó como una de las tres columnas de la iglesia de Jerusalem, si bien la permanencia en esta ciudad no le era grata, sin duda por el recuerdo del deicidio por ella perpetrado, habiendo escogido á Éfeso como morada predilecta, desde la que le era fácil evangelizar el Asia Menor. Allí formóse un grupo de adictos discípulos, entre los que descollaron Policarpio é Ignacio.

Probablemente no estuvo en Roma hasta el reinado de Domiciano; tal vez para suplir con su ejemplo y sus avisos la falta de Pedro y Pablo, ya martirizados. Tertuliano, Jerónimo y otros historiadores refieren, que en la persecucion sostenida por el hermano de Tito, Juan salió incólume de un baño de aceite hirviente en que fue sumergido. De allí se retiró á Patmos, donde escribió su *Apocalipsis*.

«Los hechos que constituyeron el último período de la vida del Apóstol, dice Doellinger, no han llegado á nuestra noticia sino en escaso número. Solo conocemos tres: el horror que sintió al encontrarse con Cerinto; su predileccion por estas palabras que de continuo repetia en las asambleas de los fieles: *Hijos míos, amaos los unos á los otros*; y en fin, su celo admirable por la conversion del jóven, ya bautizado, que atraído por unos ladrones se habia constituido jefe de una cuadrilla (1).»

El Evangelio de Juan es, sin duda, la corona gloriosa de la obra de los tres Evangelistas que le precedieron. Reseñaron estos la vida humana de JESÚS, trataron de su genealogía como hijo de David, de sus milagrosos hechos, de los pasos que dió para labrar la redencion del perdido género humano. Consideráronlo como Dios, en vista de sus sobrehumanos actos. Juan voló desde luego á mayor altura. Fue á contemplar al Verbo antes de la encarnacion, remontóse como águila, á la cumbre de los cielos, y allí se le presentó el Verbo Dios siendo en el principio; criador de todo, autor de la vida y de la luz. De la eternidad de la luz y de la vida, Verbo descendió á contemplar el hecho del Verbo encarnado, habitando entre nosotros y ostentándosenos lleno de gracia y de verdad.

El genio de Hipona en su admirable tratado sobre el Evangelio por san Juan, considera á este como el mas elevado monte de aquellos á los que fue dicho: *Reciban los montes la paz para tu pueblo*. «De estos montes era Juan, dice, el cual dijo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era Verbo*. Recibió la paz este monte, contemplando la divinidad del Verbo. Y ¿qué era este monte? ¿cuál su excelsitud? Trascendia á todas las cum-

(1) Doellinger, *El Cristianismo y la Iglesia*.

bres de la tierra, trascendia á las regiones de los aires, á las alturas de los astros, á las legiones y coros de los ángeles. Si no escudiese en altura á todas estas cosas criadas, no hubiera llegado á Aquel por el cual todo fue hecho. No podeis concebir hasta qué punto trascendió si no veis hasta dónde alcanzó. ¿Trátase del cielo y de la tierra? fueron hechos; ¿trátase de las cosas que pueblan el cielo y la tierra? Sí, todavía debe decirse con mas razon de ellas que fueron hechas; ¿trátase de las espirituales criaturas, de los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados? tambien ellas fueron hechas. Pues enumerándolas el Salmista, dijo: *Dijo Él y fueron hechas; mandó y fueron criadas. Si dijo, y fueron hechas,* fueron hechas por el Verbo; si por el Verbo fueron hechas, el corazon de Juan no pudo llegar á esto que dijo: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era Verbo,* sin trascender á todo lo hecho por el Verbo (1).»

Los tres Evangelistas se ocuparon de las obras del Verbo, Juan del Verbo, autor de las obras; aquellos fueron magistrales guias de la vida activa, este lucero inspirado de la vida contemplativa.

La sublimidad teológica, el trascendentalismo dogmático, la elevacion de la doctrina hasta un punto inaccesible para la inteligencia humana, esto alcanzó concebir y escribir el águila entre los Evangelistas. Ni el corazon expansivo de Pablo, ni el criterio magistral de Pedro, ni el ascetismo puro de Santiago, ni el tacto social de Judas, alcanzaron el sublime objetivo del vuelo teológico de Juan. No es que las obras de los demás Evangelistas y Apóstoles sean imperfectas. El magisterio de Pedro brilla en todo su esplendor en sus dos cartas; la caridad ilustra y calienta en su plenitud en las cartas de Pablo; las palabras de Santiago y de Judas son contundentes, dignas, perfectas, como dictadas por el Espíritu Santo. Pero en estas el Espíritu Santo quiso dirigirse especialmente á establecer y ordenar la moral religiosa, el corazon del hombre en lo relativo á la fe y á la santidad. A Juan le escogió para trasportar el alma creyente á las sublimidades del divino génesis, para hacerle beber raudales de luz brotados del *Genitum non factum, consubstantialem Patri*, que es el punto de partida de la creencia en la divinidad de la redencion.

Bastan estos grandes rasgos, precipitadamente trazados sobre la fisonomía evangélica del discípulo sobreviviente á los demás discípulos, como quiera que no nos incumbe filosofar ni teologalizar en esta obra histórica.

Conservándolo á la cristiandad que inauguró el segundo siglo de nuestra era, Dios se manifestó pródigo en proteger á su Iglesia, porque nadie mejor que el águila podia distinguir perfectamente los errores que el espíritu de la herejía sembraba cautelosamente en el campo del Padre de familia.

Pero si solo incidentalmente hemos debido ocuparnos del Evangelio de Juan, precísanos la índole de nuestro trabajo entrar mas de lleno en el orden de consideraciones que surgen del exámen de otro de los trabajos del discípulo amado.

Además del Evangelio, Juan escribió el Apocalipsis, libro que es nada menos que la historia anticipada de las persecuciones que habia de sufrir la Iglesia de Dios. Veámoslo.

XLI.

Apocalipsis.—Historia profética de las persecuciones.

Las horripilantes escenas que Juan presenciaria en Roma durante el bienio de la persecucion por Domiciano, y las reseñas animadas que oiria de las atrocidades de Neron, escitarian, sin duda, el alma del anciano Apóstol y le impulsarian á preguntar al divino Espíritu cuál seria el porvenir de la Iglesia, qué luchas le quedaban que sostener, qué batallas

(2) Aug. in Joannis Evangelium.

por librar, qué clase de victorias constituirían su universal triunfo. ¡Santo anhelo que Dios satisfizo plenamente, permitiéndole leer en el libro de los destinos humanos el intrincado itinerario que deberían recorrer los santos!

Y como es en la soledad, en el retiro, que Dios habla al hombre, separóle del tumulto de la agitada Babilonia, la ciudad de Neron y de Domiciano, para en retirada isla revelararle el gran libro, cuyas proféticas páginas van siendo confirmadas por la historia de los siglos.

No se retiró Juan á Éfeso, porque aquella su predilecta iglesia hubiera reclamado la actividad de su ministerio; hubieranle pedido sus hijos el pan espiritual de cada día, y trataba él de pedir á Dios el pan de una sabiduría que debia alimentar á Éfeso y á Roma, á la capital y á los pueblos de aquella época y de todas las épocas venideras.

Escogió á Patmos ó Patnos, pequeña isla de cuatro leguas de longitud y apenas una de latitud, cuyo excelente puerto central le hacia apreciable á los navegantes. Su posición geo-



VITELIO.

gráfica la constituía la última estación de los que de Roma se dirigían á Éfeso y la primera de los que viajaban en sentido inverso. No era un desierto sino punto de confluencia de muchas direcciones, que hoy llamaríamos líneas de navegación del Archipiélago. «Si el Asia renaciese, ha dicho un historiador, Patmos sería con relación á ella lo que Syra es con respecto á la Grecia moderna, ó lo que en la antigüedad Delos entre los Cyclades.» Juan quería mantener activa correspondencia con las diversas iglesias que pastoreaba.

¿En qué calidad estaba Juan en Patmos? ¿en la de desterrado forzoso? ¿en la de relegado voluntario? Probablemente no estaba allí en virtud de una orden conminatoria, puesto que no era aquella ninguna de las islas designadas para los confinamientos. Las islas destinadas á aquel triste objeto carecían de puerto y poblaciones importantes. Eran Gyaros, Pandataria, Pontia, Planitia; mas Patmos poseía una ciudad de algunos miles de habitantes, un puerto concurridísimo; tan fácil era evadirse de ella, como desde ella conspirar.

Juan se confinaria voluntariamente allí, dada la necesidad de abandonar á Roma y de sustraerse á las miradas sospechosas de los primeros agentes del imperio. El retraimiento fue forzoso en él, aunque fue voluntaria la elección del lugar de su ostracismo, por lo que no faltó á la exactitud escribiendo en la primera página del Apocalipsis, «que estaba en la isla de Patmos por causa de la palabra de Dios y del testimonio que daba de Jesús (1).»

(1) Apocalipsis, I.

El encantador cuadro que se despliega desde la cumbre de cualquier peñasco de aquella isla, rodeado de multitud de otras caprichosas islas, campos flotantes sobre un inmenso mar azul, no fijó la atención del ilustre retirado, para quien mar y firmamento eran estrechos en comparación del cielo que se preparaba á recorrer. El autor de la Odisea encontró en las variantes armoniosas de aquel horizonte movedizo, en las danzantes sombras, proyectadas por las olas del mar y los rayos del sol de aquel riente archipiélago, tema fecundo de entusiastas y sonoros cantos; pasóle á Juan desapercibido el conjunto de bellezas naturales, prodigadas por Dios en los lugares mas puestos al abrigo de las invasiones de las muchedumbres. Colocado entre Roma y Grecia, olvidó las grandezas político-militares de aquella y los prodigios artísticos de esta; iba á escribir un libro, á levantar un monumento que debía ser el escándalo del arte material y la irrisión de la altivez humana. Á las puertas de Roma iba á pronunciar la sentencia de muerte del imperio; á las puertas de Grecia iba á sentar como á fundamento de la sabiduría del porvenir lo que á los ojos del racionalista era simplemente expresión del *delirium tremens* del fanatismo. Si hubiera consultado su libro á Pitágoras, Hipócrates, Thales ó Heráclito, le hubieran contestado con desdeñoso sonris: «Deja que los sábios guíen á los pueblos en el sendero de sus destinos; tú ora y calla.» Si lo hubiera consultado á los senadores romanos, hasta á los cínicos paganos, perseguidos como él á causa de sus doctrinas: «Cállate, le hubieran dicho, no aumentes con las tempestades de tu imaginación el desorden actual de las almas.» Ni los sábios griegos, ni los políticos romanos escribieron el *visto bueno* á la concepción apocalíptica.

Y sin embargo, desatendiendo los juicios de las eminencias humanas, abierto solo el oído á la inspiración divina, escribió la estupenda visión que es á la vez la expresión de los gemidos de la Iglesia perseguida y de los cantos de la Iglesia triunfante; la sentencia de los tiranos rebeldes á Dios y la glorificación de los súbditos de Dios perseguidos por los tiranos. Las ideas de la gloria de los santos confesores de CRISTO están escritas en el Apocalipsis en un estilo, en un lenguaje tal, que el lenguaje y las ideas de aquel libro tienen su comparación en el límpido cielo del Archipiélago, reflejándose en los accidentados é imponentes peñascos de Patmos. Juan en su glorificación á Dios tomó las formas de la tempestad, porque también la tempestad canta la gloria del Criador, como también los peñascos atestiguan que pasó por ellos la palabra creadora.

«Yo bien quisiera poder hablar del Apocalipsis y evocar sus imágenes gigantescas, sus cuadros asombrosos, decía el demócrata Castelar, en sus lecciones sobre *La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Para pintar este libro necesitaria el pincel de Miguel Ángel; para hablar de él necesitaria la tempestuosa elocuencia del Dante. Atended, señores; el silencio se estiende sobre el universo; calla la música que forman las estrellas en sus misteriosos círculos y el rumor que como religiosa plegaria elevan á las alturas todas las cosas; CRISTO, inclinado sobre el abismo de los infinitos espacios, arranca al misterioso libro sus sellos que guardan el secreto destino de los mortales; y al romper el primero se alza la conquista que somete á todos los pueblos bajo sus hierros, y al romper el segundo la guerra que los anega en sangre, y al romper el tercero la peste que los diezma, y al romper el cuarto el hombre que los aniquila; hasta que un huracán inmenso, universal, que arrastra en sus torbellinos los mundos, como el viento del otoño las hojas secas, rolla como un pergamino los cielos, ennegrece el sol, ensangrienta la luna, sumerge las islas en las entrañas de los mares, desgaja los montes, despierta á Satanás, que agitando sus negras alas, rueda, poseído de epiléptica risa, alrededor de la universal destrucción, como un murciélago de esta última noche del mundo; caos de lágrimas, de dolores, de voces iracundas, de rechinamiento de dientes, de monstruos, de esqueletos que van buscando en los desconcertados planetas los filamentos de las carnes; mas sobre cuya hirviente materia los ángeles exterminadores vierten la copa de sus divinas iras y blanden sus espadas largas como sangrientos cometas; pero caos, del cual se levantan como la luz sobre la tempestad los elegidos, los mártires, agitando

sus palmas en las manos, subiendo en pos del cielo en que brilla la Virgen misteriosa, vestida del sol, calzada de la luna, ceñidas las sienes con una diadema de doce estrellas, inundada de místicos resplandores; y mas allá el arca de la alianza, la Jerusalem celeste, de jaspe y de cristal, á cuyos piés corre cristalino y trasparente como en el paraíso, el rio de la vida; y sobre todo el trono altísimo que guarda al Eterno Sér, envuelto en los arreboles de la luz increada y en cuya presencia los ángeles, los querubes, los serafines, los arcángeles, pulsando sus arpas, batiendo sus alas, entonan un *hosanna* infinito, cuyos ecos inundan de alegría toda la gloria y celebran el vencimiento de la serpiente y la reconciliación de las criaturas con su amoroso Criador (1).»

El Apocalipsis, en efecto abarca el grandioso cuadro trazado por estos atrevidos y magistrales rasgos. Las convulsiones del mundo moral sensibilizadas por la febril agitación de la naturaleza física son descritos en el libro de Patmos con una poesía, con un fuego que deja frios, helados los libros que antes de aquel pasaban por modelos de energía y viveza. Daniel y Ezequiel quedan pálidos al lado del resplandor del Apocalipsis, que es como el reverbero incendio universal de todo el combustible que la historia entraña.

El Apocalipsis fue escrito despues de una cruel persecucion. Describese ya en él empapada la tierra con sangre de elegidos. El vidente apercibe residiendo bajo el celestial altar las almas de los confesores inmolados á causa de la palabra de Dios y del testimonio que dieron de la fidelidad al Cordero. El mismo autor se cuenta entre los que han sufrido, y elogia el procedimiento de los ángeles, esto es, de los obispos de las iglesias de Pérgamo y de Filadelfia, porque no han renegado de la fe en CRISTO. Babilonia, esto es, Roma píntase ya como embriagada en la sangre de los justos cristianos. Denúnciase á la bestia, que blasfema de Dios y se hace adorar como Dios por todos los habitantes de la tierra.

Evidente alusion á Domiciano, que segun antes hemos dicho, se hacia venerar como «dios y señor,» hizo colocar sus estatuas en el mas sagrado lugar del templo é inmolar á su divinidad sin número de víctimas. En odio á la verdadera idea de Dios hizo degollar á muchos descendientes de David; bien que perdonó algunos parientes lejanos de JESÚS, que le enseñaron, en señal de inocencia, sus manos encallecidas por el trabajo. San Clemente de Roma habla de una inmensa muchedumbre de elegidos, hombres y mujeres, cuya paciencia en medio de horribles tormentos, les da derecho á ser considerados como nuestros modelos (2).

Bajo la impresion de aquella hecatombe horrible, el Apóstol escribe la série de visiones con que el Señor le favorece. Rasga el velo de las misteriosas expiaciones que la Providencia reserva contra sus perseguidores, y cuenta la gloriosa epopeya de los sufrimientos y dolores que aguardan á la virgen Iglesia, para que, avisados de antemano los hijos de la luz, tengan en esta profecía un motivo nuevo de esperanza y de fortaleza.

«El vidente, escribió Dœllinger, espone en tres períodos el desenvolvimiento del reino de Dios y el cumplimiento de su justicia sobre los enemigos de la Iglesia. Ante todo la época de las persecuciones paganas, cuyo carácter transitorio está expresado por la determinación de tres años y medio, que es la mitad del número simbólico siete. Sigue la larga época de la victoria de CRISTO y de la Iglesia, durante la cual Satanás está encadenado y anuladas su autoridad y las potestades de este mundo. La Iglesia, bajo el mandato de CRISTO y de los Santos que están en el cielo, florece y prospera, es el reino de los mil años. En fin, llega la última época. Satan declara de nuevo guerra á la Iglesia con todo su poder. Es la época de un gran combate y de la destrucción del orden social del mundo. Las cifras son simbólicas, y todo está basado sobre el simbolismo de las cifras. El número siete es el dominante en todo el libro, que se divide en un triple círculo de siete sellos, siete trompetas, siete copas de ira. Purificada por *siete* persecuciones la Iglesia aparecerá en fin como la Jerusalem descendiendo del cielo. La mitad del número siete, cifra simbólica tomada de Daniel, designa un período

(1) *La civilizacion*, por Castelar, t. III.

(2) Negesipó ap. Euseb.

corto, como la cifra de mil años designa un período duradero... Todo el tiempo comprendido entre la victoria del Cristianismo sobre el imperio romano y los últimos acontecimientos que deben terminar la historia del mundo actual se hallan reunidos en estos dos puntos: «La derrota de Satanás encadenado, el gobierno de la Iglesia por CRISTO y los Santos.

«El Cordero inmolado vive siempre; el león de la tribu de Judá, que ha vencido y cuya victoria cambió la dirección y los destinos de la Iglesia, es el único digno de abrir el libro del porvenir, cerrado con siete sellos. Cuando Él toma el libro en la derecha de su Padre, todo lo que está en los cielos se prosterna para adorarle, todo se une para alabar á Dios y al Cordero. Los que fueron inmolados durante la persecucion, cuyas almas san Juan vió bajo el altar celestial, saben que su número será aumentado por las persecuciones futuras. Los fieles escapados á la persecucion reciben un distintivo que les señala como formando el verdadero reino de las doce tribus, y colocados bajo la proteccion especial de Dios. El vidente apercibe una muchedumbre innumerable de bienaventurados mártires de todas las naciones, sosteniendo palmas en sus manos, ordenados al pié del trono del Cordero y cantándole himnos laudatorios (1).»

El Apocalipsis es el poema de los combates del Cristianismo. Es el anuncio de las descomunales luchas que los secuaces del espíritu divino habian de sostener contra los partidarios del mal moral é intelectual, ó sea del error y del vicio. No es extraño que su estilo sea bélico, y hasta en cierto sentido, pavoroso. Los Evangelios y las cartas apostólicas tenian por objeto perpetuar la doctrina y los fundamentos de la ley, dejar deslindados los rasgos característicos de la vida de JESÚS, y legar á la posteridad el texto de sus principales discursos; el estilo de estos debia corresponder á la excelsa majestad de sus altísimos objetos; el Apocalipsis, tratando directamente de la oposicion, de la lucha suscitada por la tierra contra la obra del cielo debia reflejar la indignacion celestial contra la tenacidad de los que despreciaban y de los que despreciarian la Redencion. El terror de la sangre cristiana derramada era la atmósfera que respiraba el solitario de Patmos, y las rojizas nubes de la sangre que debia derramarse eran la perspectiva, el horizonte que descubria el inspirado autor apocalíptico. Los Evangelios y las epístolas correspondian á la pasion de JESÚS redimiendo; el Apocalipsis era el juicio de JESÚS sobre los que no querian ser redimidos.

La caída del imperio romano se vé anunciada en el Apocalipsis, con detalles admirables; los anuncios de las demás catástrofes se prestan á diversidad de interpretaciones. El carácter profético de la vision de Juan ha dado margen á que fuera su libro el punto de partida de cálculos sin número para adivinar en el decurso de los siglos el final de las revoluciones empezadas, la solucion de los problemas planteados y la significacion de los grandes personajes, que han tenido la desgracia en el decurso de la historia de erguir la frente contra la Iglesia de Dios. Solo la sensata discrecion y la prudencia divina de la Iglesia ha impedido que las exageraciones de determinados intérpretes comprometieran la dignidad de las divinas Escrituras.

En el Apocalipsis mal interpretado apoyáronse los milenarios para basar sus elucubraciones heréticas fundadas en la esperanza de un reinado material y directo del mundo por CRISTO. Otras ligeras interpretaciones del misterioso libro han calificado de Babilonia los reinados enemigos de la Iglesia y de Antecristos los soberanos anticatólicos que han ejercido predominio sobre las diversas edades.

Pero como ha dicho un sábio y ortodoxo comentarista: «Los ensayos intentados para extraer del Apocalipsis datos cronológicos concretos descansan sobre fundamentos deleznable.» El Apocalipsis es la expresion síntesis de las persecuciones, que solo deja fuera de duda estas dos cosas: la variedad de las persecuciones y la unidad y la victoria de la Iglesia.

(1) Doellinger, *El Cristianismo y la Iglesia*.

XLII.

El Apocalipsis supone la duracion por muchos siglos de la Iglesia militante.

Los filósofos adversarios del Cristianismo se han empeñado á demostrar que los primitivos cristianos partian del principio de la inmediata terminacion del mundo en el primer siglo. Creyeron ver en los primeros escritos apologéticos la afirmacion de la proximidad del fin de los siglos, que enlazaron con la caída del imperio romano. La sobreexistencia del mundo á aquella prevista catástrofe sirve de argumento para probar el supuesto error de la Iglesia en aquel interesante punto. Pues bien, con el Apocalipsis en la mano nosotros vamos á demostrar que el pensamiento autorizado de la cristiandad no fue jamás el que se le atribuye.

Si algo resulta claro en aquel misterioso libro es la variedad y la duracion de determinadas persecuciones. Basta un poco de buena fe y una lectura medianamente detenida del libro de Juan para convenir en ello.

Á grandes rasgos vamos á demostrarlo.

En primer lugar debe quedar sentado que el Apocalipsis fue escrito al fin del reinado de Domiciano, por los años 95 ó 96 de nuestra era, como afirma san Irineo, discípulo de san Policarpo, que á su vez lo fue del mismo san Juan. Habian pasado dos sangrientas persecuciones; millares de víctimas estaban inmoladas.

Pero faltaban muchas cosas que cumplir, segun lo afirma claramente este texto: «Escribe, pues, las cosas que has visto, tanto las que son, como las que han de suceder despues de estas (1).»

Las que habian sucedido vienen simbolizadas en la apertura de los seis sellos del libro; las que habian de suceder empiezan en la apertura del séptimo.

Pues bien, la apertura del séptimo sello determina una larga era de calamidades, como quiera que da lugar á la aparicion, no simultánea, sino sucesiva de siete ángeles. Cada ángel dió un toque de trompeta, que fue la señal de otros tantos períodos de característica fisonomía. El primer toque desencadena una tempestad; el segundo arroja al mar un inmenso monte; el tercero derriba del cielo una grande estrella; el cuarto hiere la tercera parte de la luz del sol, de la luna y de las estrellas y en consecuencia estiende la oscuridad á la tercera parte de los habitantes del globo; el quinto toque predeterminó acontecimientos mas graves. Notable es el período que se designa á su faz; cinco meses nada menos debe durar la confusion, la calamidad y el tormento que se dará á los castigos que caracterizan el primer cuadro de aquel quinto drama; cinco meses á los del segundo, en cuyo fondo aparece Abaddon (nombre hebreo) y en griego Apollyon, en latin, *exterminans*, el Ángel exterminador; el sexto toque suelta nada menos que cuatro ángeles que estaban ligados en el grande rio Eufrates. Una nueva série de calamidades sobrevienen á la tierra, que á pesar de todo no se arrepiente. Y aparece otro ángel revestido de una nube, con el arco iris por corona, su cara como el sol, sus piés como columnas de fuego. Y á su voz contestaron siete truenos profiriendo anuncios que el vidente recibió orden de no consignar; y entrególe un libro con orden de comérselo y con la seguridad de que habia de encontrarle dulce al paladar y amargo al estómago. Anuncia luego la proximidad del séptimo y último toque; pero antes describe acontecimientos detallados, que suponen largo período y estenso espacio para realizarse. Aparicion de dos profetas ilustres, persecucion de los profetas, su muerte, alegría de los réprobos, castigo de los alegrados, muchedumbre de convertidos; el séptimo toque es la señal de un gran triun-

(1) Apocalip., 1.

fo: «El reino de este mundo ha venido á ser de Nuestro Señor y de su CRISTO; y reinará por los siglos de los siglos. Amen (1).»

Con que ¿han acabado ya las vicisitudes del tiempo? ¿es definitivo el triunfo de la Iglesia? No.

Un nuevo orden de prodigios se inicia desde el capítulo XII del Apocalipsis, á no ser que supusiéramos que Juan va á repetir con variacion de imágenes el anuncio de las mismas cosas, lo que no está en el orden natural de las suposiciones. Lógico es sentar que la nueva decoracion que va á describir el vidente se refiere á un nuevo drama.

Una vírgen coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna aparece en el cielo dando señales de parto; al mismo tiempo sale un dragon descomunal con siete cabezas y diez cuernos, y en las cabezas tenia diez diademas. Su cola arrastró á la tierra la tercera parte de las estrellas. El dragon se puso delante de la mujer para devorar al hijo que diere á luz; pero al parir la mujer un hijo varon fue arrebatado para Dios y para su solio; y la mujer se fué al desierto, donde tenia un lugar preparado por Dios para que allí la sustentasen por el período de mil doscientos y sesenta dias. En el entre tanto trábese entre Miguel y sus ángeles contra el dragon y los suyos una lucha en el cielo; estos últimos son vencidos, los que precipitados á la tierra la seducen, la engañan hasta que los santos les vencen por la sangre del Cordero «en virtud de la palabra que han confesado y por la cual desamaron sus vidas hasta perderlas por obedecer á Dios (2).» Pero el dragon sigue guerreando contra la mujer, y la mujer recibe dos alas de aguila para que pueda volar al desierto, «en donde es alimentada por un tiempo, y dos tiempos y la mitad de un tiempo, léjos de la serpiente. Entonces la serpiente vomitó de su boca en pos de la mujer cantidad de agua, como un rio, á fin de que fuese arrebatada por la corriente; mas la tierra socorrió á la mujer, y abriendo su boca se sorbió al rio, que el dragon arrojó por la suya (3).» Otra persecucion preámbulo de la siguiente.

Irritado el dragon contra la mujer «marchóse á guerrear contra los demás de la corte de ella que guardan los mandamientos de Dios y mantienen la confesion de JESUCRISTO, y apostóse sobre la arena del mar (4).»

Nueva série de contrariedades va á desarrollarse. Una bestia subiése del mar que tenia tambien siete cabezas y diez cuernos y sobre estas otras tantas diademas, su fisonomía de leopardo, piés de oso, boca de leon.

Una de sus cabezas fue herida de muerte; pero su herida fue curada, y ante su curacion la tierra se fue en pos de ella. Habló palabras altaneras y blasfemias y obró por el período de cuarenta y dos meses; é hizo la guerra á los santos y les venció, y se le dió poder sobre toda tribu, pueblo, lengua, y nacion, y la adoraron cuantos no tenian sus nombres escritos en el libro de la vida del Cordero.

Y aparece otra bestia, que así como la primera subió del mar, la segunda subia de la tierra, tenia esta dos cuernos, semejantes á los del Cordero; mas su lenguaje era como el del dragon... y esta obró grandes prodigios y con ellos engañó á los moradores de la tierra.

La victoria de la Iglesia sobre la persecucion del mar y de la tierra hállase descrita en el principio del capítulo XIV. Ciento cuarenta y cuatro mil, rescatados de la tierra que no se mancillaron con mujeres, entonaron un cántico nuevo ante el trono del Cordero. Empieza luego la aparicion de otros siete ángeles. El primero y el segundo anuncian la caida de Babilonia, y la predicacion del Evangelio á todas las naciones, y tribus, y lenguas, y pueblos. Lo que evidencia que la caida del imperio de Babilonia simbolizado no debia ser el fin del mundo sino el principio del reino evangélico. Y el tercer ángel avisa las penas que sufrirán los que de nuevo idolatren; y dice oír la voz de quien exclama: bienaventurados los muertos, que mueren en el Señor. El cuarto ángel clama que sea segada la tierra, y otro ángel la segó; y otro la

(1) Apocalip., XI.

(2) Apocalip., XII.

(3) Ibid.

(4) Ibid.

segó también y vendimió los racimos de las viñas y echó la uva en el lagar de la ira de Dios, «y la vendimia fue pisada en el lagar, fuera de la ciudad, y corria sangre del lagar en tanta abundancia, que llegaba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios (1).»

Y otros siete ángeles aparecen cada cual con una taza llena de la ira de Dios; uno después de otro derramaron el castigo de la indignación divina sobre los insensatos. El líquido de la primera copa ulcera á los adoradores de la bestia; el de la segunda ensangrienta el mar y lo convierte en tumba de todo lo que en él vivía; el de la tercera envenena los ríos; y se oyeron estas voces: «Justo eres, Señor, tú que eres y has sido siempre; santo eres en estos juicios que ejerces; porque ellos derramaron la sangre de los Santos y de los Profetas, sangre les has dado á beber, que bien la merecen (2).» El líquido de la cuarta taza abrasó á los hombres de ardor y de fuego; el de la quinta entenebró los tronos é hirió á los súbditos; el de la sexta secó el Eufrates abriendo camino á los reyes invasores de Oriente, y derramó tres espíritus inmundos «espíritus de demonios, que hacen prodigios y van á los reyes de toda la tierra con el fin de coaligarles en batalla para el día grande de Dios Todopoderoso;» el de la séptima produjo la mayor conmoción que jamás se vió, la tempestad de las tempestades, la conflagración; la gran ciudad fue partida en tres partes y las otras ciudades se arruinaron, las islas desaparecieron, no quedó rastro de montes.

Difícil es aplicar con exactitud los cuadros respectivos de este gran libro á determinadas épocas del Cristianismo; sin embargo, el conjunto de los cuadros, el movimiento, la vida, la fisonomía que en ellos se nota son la exacta pintura del curso de las luchas y victorias de la Iglesia. El libro describe la visión de un águila; pues la mirada del águila es la de un ojo elevado, superior, penetrante. El águila abarca un horizonte inmenso. Los campos reducidos no tienen importancia á sus inmensos ojos. Estas series repetidas de ángeles que pasan, de años, de meses, de días que trascurren son la expresión de acontecimientos de imponderable importancia, de épocas, de eras, de siglos numerosos. La agitación de los cielos, de un solo momento de los cielos, equivale á la más prolongada historia de la tierra. Tarda el hombre siglos á recorrer el trecho que el ángel recorre con más velocidad que la de eléctrica chispa.

Sin duda la caída de Roma pagana vino prenunciada en el Apocalipsis, pero, insiguiendo el criterio de Bossuet, bien podemos suponer que los pasajes que anunciaron las catástrofes de la ruína del imperio pudieron á su vez aludir á otras catástrofes y otras caídas. Se ha creído ver en la designación de las siete cabezas del dragón una alusión concreta á Roma, gobernada por Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Neron y Galba; pero Julio César, Augusto, Tiberio y Galba no persiguieron propiamente á los cristianos. Eran idólatras, pero en el sentido que lo eran todos los soberanos romanos. Esto sin contar que escribiendo Juan bajo Domiciano, entre las cabezas de la bestia debían figurar Vespasiano, Tito y Domiciano, cuyos dos primeros tampoco se ensañaron contra el nombre de CRISTO.

Los dos antepenúltimos capítulos del Apocalipsis describen la Babilonia castigada, hundida, destrozada por el enojo divino, ciudad que tiene caracteres propios de Roma pagana, «embriagada con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús.» Sin embargo, otras ciudades, otras civilizaciones han aparecido tras la de Roma á las que se les pueden aplicar las mismas consideraciones, los mismos anatemas, y predecir los mismos castigos que á la Roma de la gentilidad. ¿No ha sido también Constantinopla, en la Edad Media, Babilonia sumergida en el inmundo charco del mahometismo, y tumba de tantos héroes y santos cristianos? ¿No ha sido Babilonia en la edad contemporánea, Londres, la ciudad pervertida, donde fueron inmolados tantos adoradores de Jesús y á la cual puede llamarse lo que Juan á Roma, «la ramera,» y de que puede decirse con propiedad «las aguas que viste donde está sentada la ramera son pueblos y naciones, y las aguas... y todas las naciones

(1) Apocalip., xvi.

(2) Ibid.

bebieron del vino irritante de su disolucion, y los reyes de la tierra estuvieron amancebados con ella, y los mercaderes de la tierra se hicieron ricos con el precio de sus regalos (1).»

Desde que Juan escribió su libro inspirado, ¿cuántas veces se ha visto aparecer un ángel robusto y tomar y alzar una piedra como una gran rueda de molino y arrojarla al mar diciendo: «Con tal ímpetu será precipitada Babilonia, la ciudad grande, y no parecerá mas?» ¿Cuántos reinos destrozados, cuántos imperios hundidos, cuántas repúblicas desvanecidas á causa de las infidelidades de sus magnates y de sus instituciones á las gracias recibidas? Babilonia ha reaparecido y ha sido de nuevo sumergida, cuantas veces un poder emancipado de la ley de Dios ha celebrado asqueroso maridaje con las pasiones que prostituyen la moral y pervierten el entendimiento. El Apocalipsis, hablando de Roma, habló de todas las grandes ciudades, centros de la vida social, donde el espíritu del paganismo revivió y dominó. En todos ellos la Iglesia fue perseguida, moral, intelectual ó materialmente, aunque siempre la Iglesia cantó victoria, obteniendo gloriosa venganza por el poder de JESÚS.

El Apocalipsis insiste en la suprema lucha que ha de sostenerse al fin, entre el espíritu adversario del Cristianismo y el cuerpo de creyentes; entre CRISTO y el Antecristo.

La idea de la aparicion de un perseguidor típico de la Iglesia ha privado desde los primitivos tiempos en la imaginacion de los cristianos. Las visiones apocalípticas han proyectado sobre las generaciones que sucedieron á la primera, siendo hereditario el temor á la aparicion de un verdadero genio en audacia y malicia, que san Jerónimo llegó á creer que vendria al mundo por concepcion diabólica, á fin de que hasta por naturaleza fuese el reverso de la medalla de JESÚS, concebido por obra del Espíritu Santo. Cierta es que tan allá no llegaron los demás padres. Ireneo, Ambrosio y Agustín, no atribuyen al Antecristo otro carácter que el de un hombre sobresaliente en el arte del mal, un verdadero genio de perversion.

Se ha sostenido que Juan aludia á Neron cuando hablaba del Antecristo, sin embargo, al escribirse el Apocalipsis, Neron habia fallecido. Los que pretenden que el santo vidente participaba de la idea de los que creian en la reaparicion de Neron, rebajan al nivel de la ignorante plebe un hombre de la altura moral é intelectual, independientemente de la santidad y sublime mision que revestia, como era el profeta de Patmos.

De tal manera se hallaba escitada la imaginacion popular sobre la reaparicion del tirano, que á medida que trascurria tiempo propagábase la esperanza en el pueblo romano de su restauracion en el trono; y decimos la esperanza por estar fuera de toda duda, que despues de su muerte una gran parte de poblacion gentil echaba á menos sus excentricidades y su tiranía.

No tardó á propalarse el rumor de que el ídolo popular no habia realmente muerto. Recordóse el vaticinio que corrió viviendo aun, de que cuando fuera destronado de Roma, empezaria para él un reinado en Oriente, casi mesiánico. El fallecimiento de Neron, en la quinta de su liberto, á vista de tres ó cuatro testigos, carecia de suficiente publicidad para tranquilizar los ánimos preocupados. Su sepultura fue obra de tres mujeres que le eran adictas; solo Lulus vió su cadáver. Pretendian unos que, curado secretamente de la herida que se habia abierto, se refugió en tierra de los Arsacides, sus aliados, enemigos de los romanos; otros creian que esperaba en Armenia el momento de arrojarse sobre Roma al frente de la caballería oriental. Envalentonados con el apoyo de aquella preocupacion popular, sus partidarios reerigian sus estatuas y hasta hacian circular decretos con su firma.

Los cristianos del pueblo llenábanse de espanto pensando en la suerte que les aguardaba desde que se realizaran las esperanzas de sus crueles enemigos.

Varios explotadores de la opinion fingiéronse ser el héroe esperado; entre ellos obtuvo momentánea fortuna un esclavo del Ponto que apareció en las provincias del Asia y de la Acaya, diciéndose *Nero-redux*. Asemejábase en la voz y en la fisonomía, en los ademanes y en las extravagancias al esperado y al temido Emperador. Tañia la cítara y cantaba con la

(1) Apocalip., xvi, xvii.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA

Este libro ofrece al lector, en un volumen con copiosas ilustraciones de color, los principales hechos históricos de España desde su fundación hasta nuestros días. Colocados en el frente y en la parte posterior, con todo el lujo de la imprenta, se ven los retratos de los reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

Desde sus primeros tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Piedad. Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel estruendo, y adornados con más de 1000 bellísimas grabadas, entre las que se cuentan 700 retratos de reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con copiosas ilustraciones de color, los principales hechos históricos de España desde su fundación hasta nuestros días. Colocados en el frente y en la parte posterior, con todo el lujo de la imprenta, se ven los retratos de los reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

EL REMORDIMIENTO O LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con copiosas ilustraciones de color, los principales hechos históricos de España desde su fundación hasta nuestros días. Colocados en el frente y en la parte posterior, con todo el lujo de la imprenta, se ven los retratos de los reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATOLICAS.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con copiosas ilustraciones de color, los principales hechos históricos de España desde su fundación hasta nuestros días. Colocados en el frente y en la parte posterior, con todo el lujo de la imprenta, se ven los retratos de los reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

GALERIA CATOLICA.

Este libro ofrece al lector, en un volumen con copiosas ilustraciones de color, los principales hechos históricos de España desde su fundación hasta nuestros días. Colocados en el frente y en la parte posterior, con todo el lujo de la imprenta, se ven los retratos de los reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

VOCES PROLETARIAS

Este libro ofrece al lector, en un volumen con copiosas ilustraciones de color, los principales hechos históricos de España desde su fundación hasta nuestros días. Colocados en el frente y en la parte posterior, con todo el lujo de la imprenta, se ven los retratos de los reyes, príncipes y papas, con sus respectivos sellos y medallas. El precio de cada entrega es de 3 rs. en toda España, remitiéndose por el correo el libro, cuando se pague por adelantado. En nuestras posesiones ultramarinas las entregas estarán dos reales más. — Vea el prospecto de cada entrega.

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 68 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geografica, civil y politica, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santisima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildelfonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santisimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentisimos é ilustrisimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

o signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.